

Dr. Gregorio Marañón

El Libro y el Librero

HOMENAJE AL LIBRO

Esta fiesta que periódicamente organizan nuestros amigos los libreros y que dedican, de tiempo en tiempo, a un escritor, no es homenaje de escritor elegido, entiéndase bien, sino homenaje al libro.

El escritor que se sienta en la presidencia, es sólo un ponente del homenaje al libro; o si queréis, en pequeño, el mantenedor de unos Juegos Florales dedicados al libro; Juegos Florales no pomposos, sin Corte de Amor y, además, breves: porque donde el libro esté, sobra lo superfluo y la retórica se tiñe de inevitable discreción.

Así, pues, voy a dedicar un sucinto elogio al libro, que como invisible reina de la fiesta nos preside. Pero también, y antes, al librero.

ELOGIO DE LA GENTE DEL LIBRO

Es cierto que esto último, el elogio del autor al librero, no es cosa frecuente. Todos sabéis que hay una gran antología de invectivas a los libreros, entre las que figuran las que por boca del Licenciado Vidriera les dedicó Cervantes. Se me dirá que entonces se llamaba librero al editor y hoy no son la misma cosa. Pero yo también extiendo mi amor y mi elogio al editor. Todo lo que rodea al libro está impregnado, aun cuando no sea perfecto, de un aliento de distinción y de superioridad. Hay en el mundo de la creación del libro, claro es, gentes mejores y gentes no tan buenas. Gentes protervas, nunca. Todas ellas respiran un aire de compren-

siva fraternidad, desde el cajista hasta el corrector, hasta cuando éste se adivina la alegría al poder marcar con su lápiz una falta nuestra, alegría especial si el autor pertenece a la Real Academia de la Lengua. Desde el editor hasta el librero, reina también el mismo espíritu tradicional de amable artesanía. Y, con ellos, el autor. Todos, buenos o medianos, estamos empeñados en esa labor de crear el libro, al cual debe la Humanidad el noventa por ciento —no rebajo nada— el noventa por ciento de su progreso material y moral. Todos tenemos satisfacciones y amigos en sectores diversos de la vida, en nuestra profesión, en el mundo de nuestras diversiones y devaneos. Pero las gentes del arte gráfica son aparte; casi siempre mejores y más cordiales que las demás.

ENVIDIA Y ALABANZA DEL LIBRERO

Y, particularmente, el librero. ¿Quién no ha sentido alguna vez la más noble y profunda envidia, en la tienda de un librero? Hablo sobre todo del librero por vocación, el que ha hecho de su tienda su biblioteca, o la tienda de su biblioteca y vive entre los estantes, valorando amorosamente cada volumen y cuidándolo como a los hijos de sus entrañas. ¿Cómo, queriéndolos así, no va a pedir por sus libros todo el dinero que pueda? Aquí hay muchos libreros que han tenido trato conmigo, que conocen mis aficiones y las excitan con sus capciosas ofertas; y me han visto entrar en su tienda y serenar mis afares con sólo acariciar los libros codiciados. Estoy seguro de que ni uno solo podrá decir que he discutido jamás el precio del volumen que deseaba, porque siempre, ese precio, me parece poco, pensando en la tristeza que tendría su dueño al desprenderse del ejemplar y en la alegría con que yo lo tomaba entre mis manos trémulas.

El librero, piensa uno, es el prototipo de la felicidad. Pertenece a una de las raras categorías de mortales en los que la divina maldición de ganar el pan con esfuerzo y sudor, se ha convertido en fruición. Hasta la emigración de sus amados libros está compensada con el

consuelo de saber que su futuro destino será, probablemente, egregio, instruyendo o deleitando a gentes desconocidas y reposando, acaso, en los Palacios más insígnos. Escrito está en un periódico de los Estados Unidos, en una interviú que tuvieron la ocurrencia de hacerme, que, al preguntarme el periodista lo que yo hubiera querido ser, de no haber sido médico, contesté sin vacilar: librero, librero de libros raros. Oficio que tiene todas las delicadezas de una elevada artesanía y todas las complicaciones de un finísima ciencia. Sin contar con otras ventajas de orden material, como el pasaporte para entrar donde los demás no entran, pues el librero es recibido en los palacios con dignidad sin excepción; sin contar con la ausencia de afanes angustiosos del librero, porque el ímpetu de la vida pasa ante su tienda y la respeta; sin contar, en fin, con el disfrute permanente de ese misterioso influjo que emana de los libros y constituye una de las más eficaces salvaguardias para la salud. Las estadísticas de las grandes Compañías de Seguros, en América, colocan al gremio de los libreros a la cabeza de las listas de longevidad. Eso del polvo de los siglos no es una figura retórica; existe y se sospecha hoy que ese polvo sagrado que el tiempo deposita sobre los volúmenes, al contacto de otros efluvios que emanan de sus hojas, da lugar, por reacciones ignoradas, a una como penicilina, de sutilísima acción, que defiende al organismo del librero de los peligros, de la vida sedentaria, de la falta de luz, del humo del tabaco; y le permite una milagrosa pervivencia.

Pero aunque el librero no fuera tan excelente como es, aunque, en verdad, algunas veces no sea como yo le he pintado, todo se le perdonaría por el hecho de poner su ingenio y su esfuerzo, y si es preciso sus mañas, en la difusión de la obra maestra del y sobre lo que representa un libro.

NO HAY LIBRO MALO

Del libro se han dicho ya todos los elogios y a mi corta inventiva no le queda nada que añadir; pero, a

trueque de repetir lo que, mejor que yo, han dicho los demás, reflexionemos unos minutos sobre lo que es y sobre lo que representa un libro.

Yo suscribo, ante todo, la sentencia de Plinio, popularizada entre nosotros por Cervantes, de que no hay libro malo que no tenga algo bueno. Pero voy más allá: yo diría que enteramente malo no hay libro ninguno. Por lo menos yo no los he encontrado, a pesar de mi voracidad de lector. Ciertamente que los gobiernos y los moralistas tienen que hacer uso, a veces, del índice prohibitivo y de la censura; pero se trata siempre de medidas transitorias encaminadas a devolver la salud de la agitada Humanidad. El que el médico prohíba a un paciente los dulces o el *roast-beef*, no quiere decir que estos alimentos sean malos, sino que hay personas a quienes les hacen mal. Pero muchas veces cuando los médicos obramos así, cuando imitamos a Tírteafuera nos equivocamos; y la censura que imita a los médicos dengosos, se equivoca también. Porque los libros no se escriben para los enfermos, sino para los sanos, para la ancha y eficaz Humanidad creadora de la civilización que todo lo digiere y lo aprovecha. El libro vence siempre al recelo de los puritanos. Y así, cuando, por ejemplo, releemos hoy los índices inquisitoriales de hace tres siglos, nos llena de ternura el pensar que aquellos libros que se creyeron malos no lo eran casi nunca, y que hoy podemos leerlos, y hasta en los conventos se leen con la conciencia en paz; y los leemos con un amor redoblado en el que hay mucho de desagravio y de contrición.

EL TIEMPO SUBVERSIVO CREA EL LIBRO SUBVERSIVO

El libro verdaderamente disolvente e inmoral, el libro fundamentalmente impío, no ha sido nunca invención creada para perturbar a la sociedad en que brotó. Han sido siempre, por el contrario, productos de los males de esa sociedad, expresión de un estado anormal o subversivo, que cuando alcanza una determinada densidad, cristaliza en muchas cosas y, entre ellas, en el

libro. El libro malo es siempre un epílogo de la maldad colectiva y nunca su creador. Es muy cómodo, al crítico o al moralista, decir que la culpa de lo que pasa es de los libros. Este es el consabido criterio de tomar el rábano por las hojas, que en el fondo significa un modo de eludir la propia responsabilidad. Sería muy fácil si no estuviéramos celebrando, de sobremesa, unos breves Juegos Florales, demostrar a los que encuentren atrevida o inexacta esta opinión mía, que cada libro que ha podido ser tachado de malo, se limitaba a recoger un estado de opinión cuya responsabilidad databa de mucho antes que el autor naciera. Hay libros que parece que han hecho una revolución, una revolución mala —yo no admito que ninguna sea buena—; pero, aun en estos casos, se trata de un simple espejismo, comparable al de creer que las batallas las gana el que agita en el aire la bandera. Podrá el abanderado encender el fervor del combatiente; pero no es él, el que ha creado el fervor. Y cuando el fervor pasa, la bandera ya no es capaz de ganar batallas. Lo mismo les pasa a los libros reputados de perturbadores.

Es más, el libro es, en las horas de calentura pública, lo que los médicos llamamos un absceso de fijación, es decir, una enfermedad localizada que atenúa la general. El libro sistematiza y da estructura doctrinal a las pasiones, incluso a la mala pasión. Y la neutraliza y aniquila; porque la pasión muere siempre por el pensamiento.

LA MALICIA DEL QUE ESCUCHA

Dice un proverbio chino que la malicia no está en lo que se dice, sino en lo que se escucha. La malicia está en el ojo que ve lo que él quiere ver o en el oído que percibe lo que anhela su mala curiosidad. Y esos que tienen el alma turbia son los que achacan al agua clara su propia confusión. La gran meta de los moralistas no consiste en poner trabas al pensamiento, que fué creado por Dios, amasado con pasiones y las pasiones no pueden ser siempre angélicas. La obra de los

moralistas consiste en crear en el lector el sereno criterio que le haga inmune a todo lo que no sea justo. Cuando se pueden leer los versos de Ovidio sin sentirse pecador o *El Capital*, de Carlos Marx, sin lanzarse a la calle para increpar a los burgueses, es cuando se ha logrado elevar al hombre sobre el nivel del animal, esclavo de sus instintos.

Esto, por lo que toca a los libros malos, si es que los hay, si no son, como yo creo, hasta cuando son peores, males transitorios, bomberos que apagan el fuego aunque estropeen la casa o vacunas que producen fiebre pero evitan la gran enfermedad. Más, admitamos que hay libros malos. De todos modos, nos quedará el infinito mundo de los buenos.

EL LIBRO BUENO

El libro bueno es el amigo ejemplar que todo lo da y que nada pide. El maestro generoso que no regatea su saber ni se cansa de repetir lo que sabe. El fiel transmisor de la prudencia y de la sabiduría antiguas. El consuelo de las horas tristes. El que hace olvidar al preso su cárcel y al desterrado su nostalgia. El sedante de los grandes afanes, que va dondequiera que vayamos, con nuestro dolor. El mentor de las graves decisiones. El que ablanda nuestro corazón en los momentos de dureza, o nos vigoriza cuando empezamos a flaquear. Y después de ser todo esto, tiene la soberana grandeza de no hipotecar nuestra gratitud. Una vez leído lo volvemos sencillamente al estante, o lo dejamos olvidado en el asiento de un tren. Es igual. Ni nos pedirá cuentas de lo que nos ha dado ni nos guardará rencor si no se lo hemos agradecido.

Pensemos en lo que es una biblioteca. Cualquiera otra exhibición de la inteligencia humana, por ejemplo, el más extraordinario Museo de Arte, es sólo lo que son los cuadros o los objetos preciosos y lo que sugieren al erudito y al poeta. Pero, en los estantes, donde inmóviles y como momificados se aprietan los libros, hay un mundo vivo e infinito, que no se cansa de esperar y que

se nos da generosamente, sin más que alargar la mano y abrir sus páginas. El pasado, el presente, el porvenir, todo lo que fué y todo lo que supo su autor, y su vida y la de su tiempo; todo está allí. Y muchas cosas más que el autor va poniendo sin darse cuenta, en el papel, cuando escribe. Porque a través del hilillo de la tinta, corre un flujo de humanidad palpitante, cuya fuente está en la misma divinidad. Y así, en los libros revive, lleno de fervor, el ímpetu de los héroes y el ingenio de los descubridores; y la duda y la cautela, la gracia y el amor; y hasta el trémulo e imperceptible vuelo de las almas que ascienden a Dios, ahí está, como si acabara de brotar de un tránsito de Santa Teresa o de un sueño inefable de San Juan de la Cruz.

LA HUMANIDAD SIN LIBROS

¿Qué habría sido de la Humanidad sin libros? Suprimid todo lo demás con la imaginación; y quedarían los hombres quizá más infelices en lo material, pero, en el fondo, con sus almas iguales a las de los hombres ahora, tendiendo siempre, que éste es nuestro insigne destino, hacia la perfección. Pero sin libros, el amor y la bondad, el consuelo de las horas lúgubres, la fe en el porvenir y en el más allá, hubieran quedado reducidos a un pequeño número de privilegiados, a los santos y a los héroes.

La palabra es el instrumento celeste. Pero la palabra hablada está encerrada, para siempre, en la cárcel del espacio y del tiempo. El libro la hace universal e inmortal.

PERFECCION INICIAL DEL LIBRO

Nada da idea de la excelencia de un libro como, aunque parezca paradójico, su incapacidad para progresar. Reparemos que toda obra humana está, por hecho radical de su humana imperfección, sujeta a la aspiración inextinguible de mejorar. Sólo la obra de Dios está por encima del progreso. La Primavera es, cada año, la misma obra maestra y sobrenatural desde la primera vez que surgió en la vida de los mundos hasta ahora, la

misma es nuestra vejez que cuando éramos niños. Sólo ha cambiado nuestra capacidad de valorarla. Y sí un almendro que florece dejaba indiferente al hombre de las cavernas y nos estremece hoy, es porque hemos añadido a la estupenda realidad de la Naturaleza la emoción literaria que es obra del libro, y el librero, artífice del progreso es, como la Naturaleza, siempre igual.

Cuando salimos, estos días, de visitar la maravillosa exposición del milenio del libro español, junto con el orgullo nacional, nos emociona la consideración de que el mundo que nos aguarda fuera está lleno de maravillosos adelantos que no pudieron ni siquiera soñar los hombres insignes que escribieron y que pusieron en las prensas aquellos ejemplares de mil años atrás. Y sin embargo, el libro mismo, que ha sido la varita mágica creadora del milagro, es hoy exactamente lo mismo que entonces, quizá en algunos aspectos, peor. El libro nació perfecto. Casi como nacen las obras directas de la mano de Dios.

GENEROSIDAD DEL LIBRERO

Perdonad estos entusiasmos de un hombre que no aprendió, como el Príncipe de la leyenda, todo en los libros, sino que, después de haber aprendido todo lo que pudo en la vida, se ha dado cuenta de que no había en la vida nada que fuera mejor que lo que los libros han dicho ya. Perdonad estos entusiasmos a un creador impenitente de libros. Libros buenos o malos, pero engendrados por el puro afán, afán más que de vanidosa intelectualidad de noble y clara artesanía, de verlos surgir de la nada, y de verlos correr por el mundo, sin pensar que pudieran devolverme ningún bien; como el avaro que crea su riqueza, no para ser poderoso sino por el gusto de haberla creado.

Sólo que para el autor con vocación verdadera, su riqueza, su obra, es indefectiblemente de todos; y, por ello, su creación, el libro viene a ser la forma más pura y patética de la generosidad.

(De «Correo Literario») Madrid, 15 de mayo de 1953)